

Partición

Alberto Bruzos

Cuando el padre muere, los hermanos reparten la casa.

Es tan fácil como trazar una línea imaginaria que la divide exactamente por la mitad. Por suerte (o más bien gracias a la simetría con que fue construida, como para sufrir una partición equitativa con el tiempo) la línea coincide con un tabique, de modo que a los hermanos les basta con tapiar las puertas y los pasillos laterales para realizar la separación de la vivienda en dos partes. En dos viviendas. La madre, deciden, vivirá con ambos. Puede pasar de una vivienda a otra a través del jardín. Cada uno le da una llave de su puerta.

El padre fue un importante pianista, aunque acabó arruinado por el alcohol. Se perdió en el alcoholismo, dice la madre, como si el alcoholismo hubiera sido una exploración o un viaje. Pero uno puede extraviarse también sin apenas moverse, hundirse en una fosa de quietud insondable. De silencio. Al menos el padre pudo. Los hermanos lo recuerdan sentado a la mesa del jardín, al caer la noche, fundiéndose con la penumbra. Bebía hasta quedarse dormido. Entonces la madre salía y lo arrastraba a la cama. La mesa ha quedado del lado de Jan. También la cocina. Sin embargo, ha perdido la escalera que lleva a la planta superior. Provisionalmente, coloca una escalera de mano apoyada en una ventana. La madre, que teme caerse, no se atreve a subir por esta escalera.

Jan, que también es músico (violinista), ha vuelto a casa para cuidar de su madre, dejando una irregular carrera musical en las calles de Austria y Alemania. Jan no se fía de su hermano. Jon ha empezado a ganar y gastar dinero de la noche a la mañana. Va a reformar su parte de la casa, le ha dicho la madre. Va a modernizarla. ¿Con qué dinero?, pregunta Jan. La madre no sabe. Jan calla. Se mira las manos. Una amiga va a venir a vivir conmigo, le dice después. Y le pide la llave. Es mejor que te quedes con Jon mientras ella está aquí, dice.

La amiga de Jan nunca llega. Jan tiene una nueva amiga, Eva, aunque no viven juntos. Eva es húngara. También ella tocaba el violín, hasta que le diagnosticaron una enfermedad cuyas consecuencias Jan nunca acaba de entender. Jan y Eva no hablan mucho, y cuando lo hacen se comunican en un inglés deficiente, o más bien se pierden en la bruma de un inglés deficiente, sin llegar a encontrarse. La enfermedad de Eva. Eva's illness. Éva betegsége. Eva lee a Jung (la teoría de las sincronicidades) y el *I Ching*. Eva viaja por media Europa con una maleta llena de ropa de segunda mano y

libros sobre budismo. Eva se escribe con un tal Sofronov, quien diagnostica enfermedades observando fotografías. Eva va y viene, sin que Jan pueda asimilarla a ningún sistema. Jan sufre. Hay momentos en que el horizonte mental de una persona se concentra en un sólo punto, un único pensamiento al que uno se acostumbra a dar vueltas como a una esfera, repasándolo sin que aparezca ni una salida.

La madre cuenta siempre las mismas historias del pasado. Son historias que habla de tiempos que Jan no recuerda. Entonces él tenía uno o dos años, mientras que Jon aún no existía. Uno de los primeros recuerdos de Jan es la escuela. Allí tenían que aprender historias sobre la grandeza del país, el pasado glorioso, historias que celebran victorias honrosas y el orgullo final de una derrota infligida con fuerzas desiguales. La historia del país está llena de héroes y mártires. Por las noches, los padres susurran en la cocina. Se preguntan qué vecino será un delator, porque se han llevado a A o a B para interrogarlo en el Ministerio del Interior (cuyos sótanos inspiraban las fantasías macabras de los escolares: los sótanos del Ministerio del Interior, decían, tienen las paredes de azulejo para limpiar más fácilmente la sangre). O bien, cuando no se han llevado a nadie, la madre se lamenta porque (una vez más) no ha podido comprar carne, y el padre promete intentarlo al día siguiente con un carnicero conocido suyo. Entonces (de niños) todo tenía una magnitud distinta. El mundo parecía hecho a una escala errónea o con una noción desproporcionada.

En Viena, Jan se hace amigo de otro violinista callejero, un chino llamado Hun. Hun dejó China huyendo del comunismo. Ahora Hun vive en un apartamento sin amueblar, con el suelo completamente cubierto de papeles de periódico extendidos. En apariencia. Jan pronto comprende que en realidad Hun vive en un apartamento amueblado con papeles de periódico. Hun se sienta sobre ellos, duerme sobre ellos, pone la ropa sobre ellos, los zapatos, la comida, sus cuatro valiosos violines. Una austriaca está enamorada de Hun, por razones que a Jan se le escapan, una chica guapa y de buena familia, con la que Hun duerme encima de los papeles de periódico extendidos, al lado de los violines. Por lo demás, Hun es siempre insensible. Inexpresivo. O sencillamente cruel, aunque siempre de una manera fría, calculada. Las mujeres son una fuente de problemas, dice. Hacen lo imposible para que un hombre se vuelva loco. La única defensa es hacerlas enloquecer antes. Etcétera. Con el tiempo, Jan descubre que Hun está gravemente enfermo (del estómago) y es hospitalizado (con cierta frecuencia). Hun nunca habla del futuro. En general, vive como si el porvenir no existiera. Tampoco habla del pasado (Hun carece de historia). Mi vida parece haberse vaciado de sustancia, le dice un día a Jan, quedando solo una estructura cada vez más simple, más inmediata.

La madre, al contrario, sólo habla del pasado. Permanece anclada en

una época que todo el país trata de dejar atrás. La madre cierra los ojos para recordar cuando sólo comían jamón los días de fiesta (aunque el jamón sigue escaseando, y es tremendamente caro y de mala calidad, dice). Una vez llegó una caja de naranjas de Portugal, y el padre pudo conseguir dos coqueteando con la dependienta. Otra vez llegaron kiwis de Italia (era Navidad). Tuvieron que hacer cola durante horas para conseguir media docena, y después no sabían exactamente cómo comer (cómo atacar, dice la madre) aquella fruta extraña, de piel áspera y velluda. La leche se mezclaba a partes iguales con agua, y cuando la orquesta del padre salía de gira en verano, detenían el autobús en medio del campo para recoger maíz, pimientos, tomates, pepinos, nueces, manzanas, nabos, cerezas. La madre, después, preparaba conservas de fruta y verdura que duraban todo el invierno.

Ese invierno lo pasa Jan en casa. Le gustaría viajar otra vez a Alemania, o mejor aun al sur de Francia, en donde podría seguir tocando hasta la primavera. Pero no puede alejarse de la casa durante tanto tiempo. Jon ha empezado a trabajar en su parte, o más bien la gente que Jon ha contratado. Jan los observa desde la ventana, oculto tras las cortinas. Los ruidos de la obra le impiden practicar. La misma idea de la obra le impide practicar. Jan es pobre. Tanto que de no ser por la madre pasaría hambre. Voy a decirte de dónde sale el dinero de Jon, le dice un día. Pero la madre empieza a contarle una vez más la historia de cuando compró 15 metros de tela de vaqueros. No recuerdo cuánto costaron, dice, pero tuvo que ser una pequeña fortuna. (Entonces los vaqueros eran una especie de mito, algo que todos conocían pero que apenas nadie había visto, y mucho menos tenía). Al llegar a casa descubrí que la tela era demasiado gruesa, cuenta, me rompía la aguja de la máquina de coser. De hecho, el rollo de tela ha estado desde entonces por casa, apilado en algún rincón, siempre estorbando. (La madre nunca tira nada. Todo puede serle de utilidad tarde o temprano, o si no tal vez pueda intercambiarlo con alguien que lo necesite. Durante toda la vida, por ejemplo, confecciona con medias rotas las fundas de las almohadas, que a su vez rellena con tiras de camisas y camisetas viejas, lo que avergüenza al padre, que viene de una buena familia, de una familia acostumbrada a todo tipo de comodidades, y hasta de lujos). Ya veo que estás del lado de Jon, le reprocha Jan. Te equivocas, ahora mismo estoy del tuyo, dice la madre, demasiado seria para que pueda tomárselo en broma.

El padre, que todavía cree en los beneficios de la educación, y aun más de la música, decide que los hermanos reciban una formación musical. Los manda a una profesora polaca, judía, superviviente de un campo de concentración (o al menos eso cuentan). La profesora tiene cicatrices en las orejas (los alemanes le arrancaron los pendientes). En alguna parte del cuerpo debe llevar un número tatuado, imaginan. La vieja (persuadida de

la eficacia del castigo físico y la tortura) les hace extender los dedos y se los golpea con lápices. Entonces le brillan los ojos, y el rostro (por lo general pálido como el de un cadáver) recobra el color con cada golpe. Después, a los quince años (y odiando la música con toda el alma), Jan pasa a la tutela de un violinista educado en Rusia. Este hombre lo cambia por completo. Con él, por ejemplo, aprende a escuchar música (el maestro tiene una colección inagotable de discos, en la que ocupan un lugar preminente las grabaciones de David Oistrakh y Leonid Kogan.) O bien le cuenta historias de los artistas y los músicos soviéticos. Durante semanas, Jan ni siquiera llega a sacar el instrumento de la funda. Más tarde el maestro enferma (de los pulmones) y se va a Oporto (buscando un clima más benigno). Jon, que se decanta por el piano, nunca llega a conocerlo. Viaja todas las semanas a una escuela de música en la capital, la misma en la que había estudiado el padre (en otra época, de la cual la escuela no conserva ya ni siquiera el nombre).

Y un día Jan recibe la oferta de compra. Por medio de la madre. Voy a decirte de dónde sale ese dinero, le dice. Y luego: Yo no puedo aceptar ese dinero. A la mañana siguiente empieza a levantar un muro en el jardín. Usa piedras, chatarra, ramas secas, escombros. Desde el otro lado, los obreros contratados por Jon lo miran (esquivos, de reojo) mientras abren botellas de cerveza.